



Salvador Gutiérrez Solís

Los amantes anónimos



El mismo día en el que Juan Carlos I anuncia su abdicación aparecen en tres ciudades de España —Sevilla, Madrid y Barcelona—, en papeleras de lugares muy conocidos y frecuentados, restos humanos semicongelados: un pie, una mano y un corazón. Todos los indicios apuntan a la siniestra estrategia de un asesino en serie que quiere acaparar toda la atención.

Para tratar de resolver el caso, la policía recurre a la excéntrica, huraña e intuitiva inspectora Carmen Puerto que, a pesar de su autoimpuesta reclusión, es capaz de analizar, interpretar y desvelar los crímenes más complicados. Como en *El lenguaje de las mareas*, Carmen Puerto encontrará en Jaime Cuesta y Julia Núñez los ojos y las manos que la conectarán con el exterior.

Los amantes anónimos, primera de las novelas protagonizada por Carmen Puerto, es un fascinante y adictivo *thriller* en el que se dan cita los asesinos en serie, el mundo de la televisión y el de las finanzas, la corrupción política, la soledad tras las redes sociales, el sexo en todas sus variantes y los rincones más oscuros de las páginas de contactos.

Índice de contenido

Cubierta

Los amantes anónimos

Lunes, 2 de junio de 2014. 7.48 h.

Lunes, 2 de junio de 2014. 9:00 h.

Lunes, 2 de junio de 2014. 10 h.

Lunes, 2 de junio de 2014. 12.45 h.

Lunes, 2 de junio de 2014. 17.34 h.

Martes, 3 de junio de 2014. 1 h.

Martes, 3 de junio de 2014. 13.50 h.

Martes, 3 de junio de 2014. 23 h.

Miércoles, 4 de junio de 2014. 8.15 h.

Miércoles, 4 de junio de 2014. 15 h.

Jueves, 5 de junio de 2014, 20 h.

Viernes, 6 de junio de 2014. 8 h.

Viernes, 6 de junio de 2014. 10.35 h.

Viernes, 6 de junio de 2014. 15.12 h.

Viernes, 6 de junio de 2014. 18.55 h.

Sábado, 7 de junio de 2014. 0.07 h.

Sábado, 7 de junio de 2014. 4 h.

Sábado, 7 de junio de 2014. 10.29 h.

7 de junio de 2014, sábado. 13.36 h.

Sábado, 7 de junio de 2014. 22.29 h.

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Mario, tiempo de amor.

Aunque los amantes se pierdan, el amor, no.

Dylan Thomas

Encuentra carne sobre huesos que pronto ninguno tendrán.

Lunes, 2 de junio de 2014. 7.48 h.

Carmen Puerto está despierta desde hace una hora, pero no quiere comenzar este lunes, esta semana, y finge dormir. Continúa, ficticiamente, el sueño de la pasada noche. Ha soñado que paseaba entre las dunas de una blanca y luminosa playa, como si fuera una de las mujeres que aparecen en el cuadro de Alex Katz que cuelga en una de las paredes del salón; que se bañaba en un mar esmeralda, agua templada, acogedora; que se tumbaba en la arena, desnuda, relajada. Corría, gritaba, era feliz. Ha soñado que un hombre, alto, moreno y guapo, muy musculoso, el pelo corto y rizado, encrespado, la esperaba tumbado sobre una toalla, también desnudo. Cuando llegaba a su lado, el hombre la abrazaba, la besaba, la acariciaba, y comenzaban a hacer el amor. El hombre, se parecía a Alberto pero no era Alberto y hacía el amor hasta quedar sin fuerza, felices ambos, desmayados de tanto placer. A continuación, reían, bebían cerveza y comían bocadillos, antes de volver a hacer el amor. Cuando despertó, Carmen estaba desnuda y muy excitada, y siguió soñando, ficticiamente, mientras se acariciaba con un pequeño vibrador violeta. Quiere seguir sintiendo a ese hombre a su lado, volverse a bañar en ese mar esmeralda, cuando la pantalla del ordenador portátil, que la acompaña en la cama, se ilumina.

—¿Estás despierta?

—No, por eso te respondo.

—Ese humor tuyo...

—El humor tiene horario nocturno.

—A veces ni eso.

—No escoges la serie adecuada.

—No te imagino riéndote con una teleserie.

—Deberías llevar tu imaginación al gimnasio...

—¿Hay gimnasios para la simpatía?

—Los cerraron con esto de la crisis.

—Y a ti no te pillaba uno cerca...

—Te dejo, me voy al gimnasio —en la pantalla de su *lphone* puede leer *JJ1*.

Carmen Puerto minimiza la ventana del chat y atiende la llamada de teléfono.

—Dime —su voz es seria y ronca, como si pretendiera exhibir que le molesta que la llamen tan temprano, todavía en la cama.

Al mismo tiempo, Carmen abre una fotografía en la pantalla de su ordenador portátil: un hombre de unos cuarenta años, moreno, alto, con nariz prominente, ojos grandes, marrones, cejas muy pobladas, y negras, como su cabello, con facciones agradables, con una gabardina de un gris verdoso. Es Jaime Cuesta.

—Carmen, disculpa la hora, pero necesitamos tu ayuda —la conoce Jaime y sabe qué tono de voz y qué palabras debe emplear.

—¿Estás con esa? —enfadada, interrumpe a Jaime.

—¿Cómo, quién?

—Esa, tu compañera o lo que sea, la tal Julia...

—Sí, sí... —disimula Jaime, pero Julia, a su lado, sabe que habla de ella y recrea un gesto de incertidumbre.

—Dile que no vuelva a intentar localizarme, que no lo vuelva a intentar, que me deje en paz —dice Carmen muy despacio, grave, amenazante.

—Yo se lo digo, no te preocupes.

—Jaime, no me has entendido, quiero que se lo digas ahora mismo...

—¿Ahora?

—Ahora.

—Díselo tú —le indica, y Julia arquea las cejas, preguntando.

—¿Qué coño pasa? —le susurra Julia a Jaime, muy cerca del oído.

—Yo no voy a hablar con esa tipa, díselo tú... —ordena Carmen.

—No creo que... —divaga Jaime, en medio de una situación, violenta y embarazosa, ante la que no sabe cómo reaccionar.

—Adiós, Jaime, adiós... —amenaza Carmen con finalizar la conversación.

—Coño.

—Adiós, adiós...

—Espera.

—Díselo.

—Julia, por favor, no vuelvas a intentar localizar a Carmen —por fin dice Jaime, que se lleva un dedo a la sien, escenificando locura, mientras que Julia frunce el ceño, visiblemente contrariada. Hace por hablar, pero Jaime se lo impide, tapándole la boca con la palma de la mano.

—Que no lo vuelva a hacer —imagina Carmen la escena al otro lado del teléfono. Puede ver a Julia muy enfadada, histérica, haciendo lo imposible por arrebatarse el móvil de Jaime.

—No lo hará —trata Jaime de conservar el equilibrio, contentando a Carmen, manteniendo en silencio a Julia.

—Si lo hace... —no concluye Carmen la frase.

—No te preocupes.

Tras un incómodo silencio de varios segundos, Carmen pregunta con desinterés:

—¿Qué habéis encontrado?

—Julia te lo acaba de enviar al WhatsApp.

—Julia...

—Sí, ya lo tienes.

Carmen abre una nueva fotografía en la pantalla del ordenador. En ella se puede ver a una mujer de unos treinta y

largos, cuarenta tal vez, pelo rubio muy corto, cara delgada, más atractiva que guapa, cuello muy estilizado, ojos amplios, luminosos, de un azul cielo, sin pendientes en las orejas, de piel blanca. Es una fotografía de Julia Núñez.

—Ahora te llamo —interrumpe Carmen bruscamente la conversación.

Julia se separa de Jaime, se muerde los labios y golpea con fuerza su hombro derecho.

—¡Eres el puto perro de la pirada esta, el puto perro, puto perro, que lo sepas! —le recrimina con violencia.

—Vete a la mierda.

No se detiene Carmen a contemplar las tres imágenes que ha recibido en su teléfono móvil, directamente las reenvía a su cuenta personal de correo electrónico.

El dormitorio permanece a oscuras, apenas unos rayos de sol se cuelan por las primeras rendijas de la persiana. Sin embargo, Carmen se mueve con agilidad en la oscuridad, está acostumbrada a ella. Abandona la cama, busca a sus pies la parte superior de un chándal azul marino con tres rayas blancas en las mangas, que se coloca a toda velocidad, no cierra la cremallera, y recorre el pasillo y el salón, entre una densa penumbra que fabrica un decorado fantasmagórico; en la cocina, introduce una taza de agua en el microondas, selecciona un minuto en el temporizador, escoge al azar un tarro de capuchino —varios tarros se apilan sin orden junto a la placa de vitrocerámica, sobre la encimera—; lía un cigarrillo con tabaco, *Cutters Choice*; añade dos pastillas de sacarina al agua caliente y cuatro cucharadas de capuchino en polvo; se dirige al desordenado y oscuro salón, durante varios segundos contempla un cuadro de Alex Katz en el que aparecen dos mujeres caminando entre las dunas de una playa —*Partida*—, en la pared que prosigue al pasillo, y el sueño de la pasada noche regresa fulgurante y eléctrico durante un segundo. Enciende el cigarrillo y lo coloca sobre un cenicero de cristal, transparente, toma asiento en un sofá de cuero marrón, frente a

una pantalla de plasma de 50 pulgadas, bajo otra reproducción de Alex Katz, *Blue umbrella*, que representa a una mujer con la cabeza cubierta con un pañuelo y bajo un paraguas en un día de lluvia. Conecta la pantalla de plasma y, ayudándose de un teclado inalámbrico, accede a su correo electrónico y comienza a examinar las tres fotografías que se ha reenviado desde su teléfono móvil.

En la primera fotografía puede ver una blanca y pálida mano de mujer, seccionada limpiamente donde arranca la muñeca, con las uñas pintadas de un rojo intenso.

—Un corte limpio, una sierra eléctrica con toda probabilidad. Sin rastros de sangre, uñas en perfecto estado, pintadas una vez fallecida —repite en voz alta lo que escribe en una libreta de pastas verdes.

La segunda fotografía corresponde a un pie, seccionado a mitad de tobillo, igualmente blanco y pálido, también limpio de restos de sangre, igualmente las uñas perfectamente pintadas, pero en esta ocasión de un azul marino muy brillante. Con una pequeña cicatriz junto al meñique, *no reciente*, tal vez un corte de la infancia, deduce mentalmente Carmen.

—¿Te gusta el color? —se gira Carmen, y le pregunta al cuadro de Alex Katz que tiene a su espalda: Karen (*La sonrisa de Karen*).

En la tercera fotografía aparece un corazón humano, cortadas las arterias y venas a ras, dentro de una de esas bolsas de plástico transparente que se utilizan para conservar alimentos.

—Vaya, ha pasado por el súper —murmura Carmen Puerto, sin apartar la vista de la pantalla.

Carmen abandona momentáneamente el sofá de cuero, se coloca en cuclillas delante de la pantalla y, como si estuviera escaneando o memorizando las imágenes, examina las tres fotografías centímetro a centímetro. Se detiene especialmente en las uñas pintadas de la mano y pie, en sus llamativos colores. Bebe el resto de capuchino con un ges-

to de desaprobación, ya frío, y a ella le gusta muy caliente, lía un nuevo cigarrillo, y marca el teléfono de Jaime (JJ1).

—¿Por qué habéis sacado el pie y la mano de sus bolsas? —le recrimina a Jaime, nada más escuchar su voz.

—Ahhh —duda Jaime, se lleva la mano libre a la nuca, centra su mirada en Julia, que continúa furiosa—, para que se vieran mejor en las fotografías —concluye.

—No alteres mortajas, hijo mío... Habéis manipulado unas pruebas —le advierte Carmen. No puede evitar pensar en Hilario Pino cada vez que habla con Jaime.

—Nosotros no hemos hecho nada, ya sabes... De todos modos, lo han hecho siguiendo el procedimiento, no temas, las bolsas también van a ser analizadas —trata de ser convincente Jaime.

—Cuando hagan las pruebas los *batiblanca*s descubrirán que los restos corresponden a tres personas diferentes, a tres mujeres, con toda probabilidad. Pero esto no quiere decir que sean víctimas preferenciales —explica Carmen Puerto mientras recorre con su mano la pantalla, tal si estuviera acariciando los miembros encontrados.

—Tres mujeres... —intenta decir Jaime. Julia escucha cerca de su hombro.

—Tres mujeres de más o menos la misma edad, sí, tres mujeres... —se detiene un instante Carmen, hipnotizada por el azul de las uñas del pie—. Están congelados todos los restos, y me atrevería a decir que hasta hace no tanto estuvieron en un congelador, a muy baja temperatura, veinticinco o treinta grados bajo cero. Seguramente, no se trata de un congelador doméstico, más potente.

—Sí, estaban congelados... —confirma Jaime, sorprendido.

—Tenéis que haberlos encontrado en un lugar muy público, muy popular, necesita llamar la atención, presentarse ante todos como es debido... a lo grande: es su carta de presentación. Ya estoy aquí, nos está diciendo —sigue ha-

blando Carmen mientras no cesa de mirar las fotografías de la pantalla.

—Carmen, los han encontrado en tres puntos diferentes —le rectifica Jaime, y los labios y ojos de Julia fabrican un gesto de satisfacción.

—Joder, tres sitios diferentes, joder, más a lo grande de lo que imaginaba... Va a por todas el hijo de la gran puta.

—Sí, en tres.

—¿Dónde?

—Madrid, Barcelona y Sevilla.

—Joder, joder, sí que apunta alto.

—Sí, y en lugares muy populares, como tú decías —una apostilla de Jaime que contraría a Julia.

—Evidente.

—El pie en Madrid, en la Plaza del Callao, a escasos metros del edificio Capitol. En Barcelona, en Plaza Catalunya, la mano. El corazón, en Sevilla, a unos pocos metros del Ayuntamiento. En los tres casos, dentro de papeleras, perfectamente envueltos, bien protegidos, en esas bolsas... —le informa Jaime.

—Esas bolsas que han estropeado.

—Las van a analizar —repite Jaime.

—¿Ya hemos comprobado las cámaras de seguridad?

—Sí, y de momento no hemos encontrado nada.

—Nada, nada... —replica Carmen y amplía nuevamente las fotografías de los tres miembros.

Conoce la posición de las cámaras, escribe Carmen Puerto en su libreta.

—Estamos tratando de buscar con cuantas de las denuncias por desaparición que tenemos coinciden. Estamos en ello, ya sabes... —le gustaría a Jaime ser más preciso.

—Con ninguna coincidirá, ya te lo digo —sentencia Carmen y se dirige a la cocina para prepararse otro capuchino —. Todavía no hay denuncias.

—¿Tú crees?

—Necesita llamar la atención —dice Carmen a la vez que abre fotografías de los lugares indicados, a través de la aplicación de Google.

—No te puedes imaginar la que se ha montado —comienza a decir a Jaime, pero Carmen lo interrumpe.

—¿Cuándo los habéis encontrado? ¿Con cuántas horas de diferencia? —pregunta Carmen, con un lápiz en la mano.

—La mano de Barcelona, ayer por la noche. El pie de Madrid cuatro horas después, sobre las dos de la madrugada y el corazón de Sevilla hace un rato... a las siete. En ese orden los hemos encontrado.

—Vaya juega que se ha metido el cabrón —comenta Carmen.

Anota en una libreta: *BCN, ¿sábado 31M/1J?, Mad 1J, ¿Sev 1J/2J?*

—Estamos comprobando si le podría haber dado tiempo a una sola persona... —dice Jaime.

—Le ha dado —y rodea con un círculo las abreviaturas de las fechas y de las ciudades anotadas.

—¿Tú crees? —escucha Jaime en su teléfono el crujido, al quemarse, del papel del cigarrillo que Carmen está fumando.

—Estos han sido los fuegos artificiales... —masculla Carmen.

—¿Fuegos artificiales?

—Volverá a matar —sentencia Carmen, al tiempo que despliega sobre la pantalla un programa *pirata* por el que puede acceder a las cámaras de seguridad de los tres lugares en los que se han encontrado los miembros.

—¿Cómo?

—Volverá a matar. Y no tardará en hacerlo.

Lunes, 2 de junio de 2014. 9:00 h.

A pesar de la llamada que la sacó de la cama poco antes de las ocho, Carmen Puerto se entrega a su rutina diaria. Como cada mañana, salvo la de los domingos, a las nueve en punto conecta la cámara del videoportero de la puerta al ordenador y aguarda la llegada de Jesús mientras fuma, toma un capuchino y escucha las noticias en la radio. Aunque ella misma ha sido la que ha construido y mantiene esta excusa a lo largo de los años, en realidad no solo lo hace por esperar la llegada de Jesús. En estas esperas, frente a la pantalla del ordenador, cada mañana contempla a sus personajes habituales: los clientes del bar de la esquina, en dirección a la Avenida de Andalucía, Manuel, el propietario del taller de motocicletas, y sus característicos silbidos; la dueña de la frutería de la esquina, Rocío, ese anciano de estirado pelo negro que saca a pasear su perro, un bóxer con el cuello blanco, a Mónica, la dependienta de la pequeña tienda de ultramarinos de enfrente. Con suerte, también puede contemplar Carmen a otras nuevas personas, desconocidas, anónimas, a las que asigna actividades y personalidades de todo tipo. «Este tío bien podría ser médico, tiene cara de médico, y esa mujer es profesora, en esa carpeta lleva los exámenes, esta pareja discute por algo de la boda, esa tiene pinta de ser una leona en la cama, ese rubio la tiene más pequeña de lo que se cree». Cuando era una niña, con su hermana Ana, Carmen Puerto jugaba a algo parecido, se asomaban al balcón y trataban de adivinar quién aparecería bajo el arco de la plaza. Contabilizaban los aciertos en una libreta y la que antes llegaba a diez era la ganadora.